

Los republicanos españoles que en la emigración se hospedaron en el Hotel Malherbe, han obsequiado con una comida íntima a la señorita Hélène Allard, durante su estancia en Madrid.



lo sobre Madrid la mañana del 15 de diciembre.

También el comandante causó excelente impresión a mademoiselle Hélène. En seguida se dio cuenta, no obstante la absurda indumentaria que llevaban, de que se trataba de dos caballeros españoles, de esos que ella conocía por los libros. Un bizarro general castellano y un apuesto comandante alavés. Llevaban, además, aureola de héroes y unos apellidos magníficos. ¡Queipo del Llano! ¡Hidalgo de Cisneros! Hay que darse cuenta cómo deben de sonar estos apellidos al otro lado del Pirineo.

—¿Qué vida hacía en París el general?

—Muy ordenada. Era como el padre de todos los revolucionarios. Lo querían mucho y él sólo pensaba en la República de España.

"MONSIEUR PRIETO". DON QUIJOTE Y SANCHO

—En seguida—continúa Hélène—llegó monsieur Prieto, muy simpático también. Entonces ya empezaron todos a hablar más fuerte. Se pusieron muy contentos. Todos querían mucho a monsieur Prieto, especialmente monsieur Suso, que llegó con él y estaba siempre preocupado por la salud de monsieur Prieto. También me pareció éste un tipo muy español, como "monsieur le general". Yo había leído "El Quijote", y siempre me parecía que "le general" era don Quijote y monsieur Prieto, Sancho. Nos divertía mucho, sobre todo cuando se enfadaba. Estaba disgustado porque siempre había gran cantidad de policías rodeando el hotel. Esto le puso de muy mal genio a monsieur Prieto. Decía a gritos unas palabras que no comprendíamos.

Mademoiselle Hélène se divierte mucho refiriendo anécdotas de monsieur Prieto. Cuenta que un día, como otros muchos, "don Inda" fué dando un paseo a la Estación, con objeto de echar allí unas cartas. Al llegar, se dio cuenta de que le sobraba bastante tiempo, y decidió sentarse a tomar algo en el Café de la Estación. En seguida advirtió que, en tres mesas que rodeaban la suya, estaban instalados los policías de servicio. No le extrañó esto, mas lo que le dejó perplejo fué que, al marcharse, le abordaron todos a la vez, con los semblantes descompuestos.

—Señor Prieto: no puede usted pasar a la estación.

—Voy a dejar unas cartas; pero, en fin, si ustedes son tan amables que lo hacen por mí, se las doy y me voy a mi casa. Después de todo, no tengo un especial interés en pasar al andén.

Cuando llegó monsieur Prieto al hotel, nos con-

tó todo esto, sin comprenderlo. ¿Qué pasaría en la estación?... ¿Y sabe usted lo que pasaba? Pues que aquella noche llegaba a París el rey de España, de paso para Londres, y los policías se creyeron que Prieto iba a asesinarlo.

—Tiene gracia. ¿Y "monsieur Prieto", como usted dice, no se había enterado?

—Por lo menos no se acordaba en aquel momento. ¡Ah! ¿Y usted no sabe que monsieur Prieto tenía un secretario particular? ¡Oh, muy gracioso! Lo encontró en un café de Montparnasse. Era un chico que llevaba botines, unas gafas tan grandes, que no se veía otra cosa en su cara, y un sombrero hongo.

El día que monsieur Prieto se presentó en el hotel Malherbe "luciéndolo a su secretario particular", todos tenían envidia, incluso "le general", que nunca se había permitido este lujo. Monsieur Prieto estaba muy contento, porque el secretario iba a salirle muy barato. Según le había dicho, tenía la costumbre de comer una vez

cada cuatro o cinco días, y esto le bastaba para mantenerse. ¡Extraordinario! Luego resultó que desaparecieron todas las uaranjas del Malherbe. Era que el secretario de monsieur Prieto se las comía todas, en sustitución de otros alimentos.

"MONSIEUR DOMINGO" Y SU RÉGIMEN

—Poco después llegó monsieur Domingo. "Marcelino" le decían todos. También les dió mucha alegría verlo. Era el único que se levantaba temprano. Siempre silencioso y metódico. ¡Muy bueno es "monsieur Domingo"! El y "le general" vivían preocupadísimos.

—¿Por la República?

—Por eso, y, además, porque los dos estaban a régimen para curarse el hígado; pero, a pesar de ser la misma enfermedad, los médicos les habían mandado a cada uno tomar cosas completamente distintas. Primero discutían mucho. Cada uno aseguraba al otro que lo que tomaba era veneno. Por fin, no sabiendo cuál tenía razón, se quedaron los dos muy confusos.

"¡CHEZ PRUNIER!"

—Y, en general, ¿qué vida hacían los emigrados? ¿Cuál era su estado de ánimo?

—Casi siempre estaban contentos, principalmente cuando llegaban visitas de España y los convidaban a comer. Sobre todo, a monsieur Domingo le enternecían mucho esta clase de amigos. Tan pronto llegaba un español proponiéndole salir a comer, monsieur Domingo decía: "Chez Prunier". Todos le censuraban mucho esta rapidez en tomar la iniciativa, porque Prunier es un restaurant carísimo y temían que al visitante no le quedase dinero para invitarles a ellos.

LAS ELECCIONES

—Yo creo que el día más alegre de los revolucionarios fué el domingo de las elecciones.

—¿Más que el 14 de abril?

—Más, porque fué la alegría más inesperada. Aquel día nadie podía vivir en el Malherbe. Las señoras inglesas estaban aterradas. Parecían locos. Corrían por los pasillos y gritaban desahogadoamente. Todos los demás huéspedes del hotel se despedían llamándoles salvajes. A los tres días, todos vinieron a España, y el hotel volvió a quedar silencioso. Todos se despidieron de mí muy amables y monsieur Prieto, más contento que nunca, me dijo: *Mademoiselles "Je suis le ministre des Finances de la République espagnole."*—JOSEFINA CARABIAS

(Fotos Benítez Casaux y Meurisse.)



La señorita Hélène Allard, refiriendo a nuestra colaboradora Josefina Carabias cómo vivieron en París, revolucionarios hasta que regresaron a España, al proclamarse la República.